

EVANGELIZACION, ACTUALIDAD DEL ESPIRITU E IGLESIA POPULAR EN VENEZUELA

PEDRO TRIGO

CRISTO SALVA

La buena nueva que tenemos los cristianos es Jesús como salvador del mundo. En esto se encierra todo. Por eso preguntarse por la evangelización hoy en nuestro país parecería reducirse meramente a plantear los instrumentos más adecuados para llegar a los oyentes: canales de evangelización, estrategias de la comunicación, comunicadores y lenguaje, financiamiento...

Sin embargo creemos que hay también y sobre todo un problema de contenido. Decir Cristo salva no es sin más hacer presente su salvación. Y no sólo porque esas palabras están gastadas y no evocan a la mayoría sino recuerdos definitivamente perimidos sino porque esa formulación es abstracta, ahistórica y por eso radicalmente incompleta.

Cuando los cristianos llamaron a Jesús salvador esta palabra era un título político. Salvador era el general victorioso de una guerra, que ponía en peligro toda la existencia civil. El agradecimiento era tan grande que engendraba una veneración y un sometimiento que llegaban a la esfera de lo religioso. Decir Jesús es el salvador fue en esas circunstancias una inversión revolucionaria. Ya que no sólo implicaba proclamarse ateo del status —afirmar que la vida de los ciudadanos no viene del Estado; el que manda es siempre sólo un subalterno— sino que significa precisamente afirmar que el salvador es el condenado político —Jesús— por anunciar y hacer presente un tipo de poder distinto, basado en el servicio desde la base. Estos cristianos proclamaban en esa confesión de fe que esta subversión del poder —la constitución de una humanidad fraternal— era simultáneamente salvación para los

hombres y revelación de Dios, esa era la victoria —y el encuentro— de Dios y del hombre: Jesús es el salvador.

No fue por tanto un título metafísico sino una formulación religiosa de fuerte sabor político y de contenido polémico. Significaba nada menos que la abolición del mesianismo. Sin embargo el sentido se invirtió cuando, al constituirse el imperio cristiano, puede aplicarse el título simultáneamente al emperador y a Jesús. En esta estructura Jesús es el salvador del salvador. El resultado para los creyentes es la muerte de la libertad evangélica: la sumisión a la autoridad no es ya un acto de naturaleza sólo política —esencialmente discutible y sometido a la prueba de la eficiencia— sino que pasa a ser un acto religioso: es como someterse a Dios. En esta jerarquización de lo real, al rey se le pide que viva conforme a lo que representa; pero en definitiva sólo ante Dios —o a lo más ante el pontífice, nunca ante el pueblo— es responsable el gobernante salvador.

Esta inversión se completa en la época del liberalismo y luego ante la amenaza del socialismo cuando —desesperando la Iglesia de la posibilidad de encontrar gobernantes cristianos— deshistoriza y privatiza el contenido de salvación refiriéndolo al alma y al más allá. Este sería aún hoy el contenido dominante de la expresión Cristo salvador del mundo. Por eso esta fórmula no puede encerrar hoy y aquí el contenido del evangelio. Porque o bien es una expresión metafísica, absoluta, vacía o bien alude a una salvación acosmística, anticristiana.

En resumen, puesto que existe como realidad envolvente la historia que desgasta y desplaza los significados, la única fidelidad posible en la trasmisión de la buena nueva es una fidelidad creadora. La fidelidad material al enunciado Cristo sal-

va ha llegado a convertirse en la negación de su contenido.

INTERPRETAR CORRECTAMENTE LA SITUACION (Lc. 12,56)

Así pues no puede determinarse cuál es hoy en Venezuela la buena nueva —si es que hay alguna— acudiendo sin más a un repertorio prefabricado. Los ojos que leen —es decir que interpretan— los documentos escritos deben ser previamente los ojos que discernen las señales del momento presente. Es lo que en el lenguaje tradicional cristiano se expresa diciendo que sólo desde el Espíritu de Jesús puede confesarse a Jesús.

Ahora bien, los cristianos confesamos que Jesús ha entregado su Espíritu a la humanidad (Jn. 19,30; 20,23; Hech. 1,16-8). No, ciertamente, como alma del mundo, como ley de los seres o como fórmula de la totalidad, ni como espíritu de la época o como espíritu absoluto, según las especulaciones de los filósofos. Sino como un don libre, personal y personalizador; en nosotros, pero conservando siempre la alteridad. Por eso el don de sí no se realiza en expansión de lo mismo sino en la apertura al otro, en el amor de justicia. Esto significa que el elemento principal en la dialéctica cristiana es este diálogo espiritual que se realiza en la práctica liberadora. Sólo desde ahí puede leerse de un modo realmente salvador la historia de Jesús —todo otro conocimiento de él es alienación, carne que dice san Pablo— y sólo desde ahí puede celebrarse su presencia como pascua histórica y no como misticismo alucinado.

Así pues, a Jesús sólo se llega desde su Espíritu. Y su Espíritu alienta en la humanidad juzgándola para salvarla. Los pobres son quienes juzgan al mundo. La pregunta por el hermano es la que nos saca

de nuestros mundos privados y nos sitúa en la realidad. Desde esta perspectiva ¿cómo juzgamos la situación que vive nuestro país?

Nosotros leemos nuestra situación como crecimiento sin desarrollo, con sus secuelas de corrupción, sectarismo, represión y desorganización popular. Esta situación es vivida desde la ideología dominante como la nueva dimensión en las inversiones, en los negocios especulativos y en el consumo. Pero para los que no han tenido oportunidad o no se han dejado marear por el vértigo la situación se vive con abatimiento, con desesperanza, con profunda amargura por la ocasión perdida —o peor, traicionada— y con la alarma de quien se sabe al borde de un precipicio o rodando ya hacia el abismo de la disgregación social en todas sus formas.

CON NOSOTROS LUCHA DIOS

Desde esta realidad venezolana y desde este modo de sentirla proponemos que la buena nueva consiste en proclamar a los oprimidos que existe hoy y aquí un Espíritu de liberación y a los que tienen hambre y sed de justicia que quedarán saciados.

Esta proclamación tiene que hacer presente de algún modo lo que anuncia. El único modo de hacerlo presente es como esperanza.

Esta proclamación reconoce este Espíritu como el Espíritu de Jesús y por lo tanto lleva a proponer su vida como camino.

Proclamar la actualidad del Espíritu aquí es buena nueva para el pueblo a quien se le ha enseñado a plegarse al espíritu del tiempo —el de la clase dominante— como único poder real. Frente a un repliegue a una vida marginal depotenciada y de carácter recesivo; frente a la entrega al albur del presente azaroso como única posibilidad, es buena noticia la proclamación de que en el pueblo late un Espíritu que no necesita recibir vida, un Espíritu libre y creador, un Espíritu que vence a las derrotas y hasta a la propia muerte.

Es buena nueva para intelectuales y profesionales que se duelen de la situación presente, pero que la ven como el único horizonte posible. Frente al pesimismo de las élites que empuja hacia la marginación o en acomodo cínico la proclamación de la actualidad de un Espíritu de creatividad liberadora es palabra de vida.

Es buena nueva para la institución eclesiástica que no concibe su historia como lugar teológico y vive mirando a Roma y a otras excentricidades.

Esta buena nueva dice que Dios se juega en el establecimiento del reino, es decir en la realización de la liberación. Eso dice el Espíritu al revelar su identidad

como Espíritu de Jesús. La referencia a Jesús no hay que entenderla como si en él se hubiera descubierto una verdad universal. La revelación es histórica, es decir, descubrirse equivale a hacerse presente, no como desvelamiento de lo que existía oculto ni como novedad absoluta, sino como transformación, salvación de lo perdido, liberación de los oprimidos.

LA PREGUNTA POR EL PODER DE DIOS

Decimos, pues, que nuestro problema es también problema de Dios. Si no hay esperanza para nuestra situación eso no significaría solamente que los venezolanos somos incapaces o que nuestros enemigos nos han vencido; significaría también que el Espíritu de Dios es impotente frente a nuestra situación.

En el esquema teísta de la modernidad europea Dios creó al hombre como un ser libre y se retira al cielo. La historia transcurre como el proceso de la libertad humana: sólo el hombre es responsable. Al fin de la historia otra vez se hace Dios presente para premiar o castigar el buen o mal uso de la libertad. En el teísmo cristiano post-renacentista el Dios misericordioso ayudaría a la debilidad humana con la gracia santificante. Cristo sería el que nos mereció la gracia; y la Iglesia, sobre todo en los sacramentos, la institución encargada de administrarla. Una variante, sin duda, pero dentro del esquema.

Sin embargo nosotros sostenemos que la historia es un proceso no sólo del hombre sino también de Dios. Dios se ha hecho hombre, es decir, hijo de hombre, o sea, ha entrado en la humanidad. Jesús, como individuo, nos ha entregado su Espíritu para que siguiendo su camino prosiguiéramos su proceso liberador hasta construir/recibir el reino de Dios. Por eso confesar hoy en Venezuela la actualidad del Espíritu puede ser una mala noticia para el que cree que aquí no hay nada



que hacer, porque luego no habrá otro Dios que le compense. Pero es una buena noticia para las personas que, presionadas por su propia necesidad y por el amor a sus hermanos, se niegan a considerar que esto es un despelote que no lo arregla ni Dios y que mejor es que cada cual se las arregle como pueda. Para el que lucha contra tantos enemigos, contra la dificultad de organizarse y contra la seducción del sistema puede ser una buena noticia saber que con nosotros lucha Dios.

Aunque también da escalofríos pensar que nuestro Dios no es ese Señor Todopoderoso hecho a base de absolutizar la imagen de los poderosos de este mundo. Sino el Espíritu de Jesús cuyo único poder consiste en poner la persona, la vida propia como vida para los demás. Porque en definitiva creer en el Espíritu es creer en los poderes creadores del pueblo, es creer en nosotros mismos, es creer en la humanidad de la humanidad como fuerzas superiores al neocolonialismo, a las transnacionales, a nuestra burguesía dependiente y rapaz, a Fedecámaras, a los medios de comunicación, los políticos y sindicaleros corruptos... Es creer en los oprimidos como sujeto de liberación frente a las fuerzas de explotación, de depredación y muerte que hoy nos dominan.

¿QUIEN EVANGELIZA HOY EN VENEZUELA?

¿Y quién proclama hoy en Venezuela la buena noticia de que el Espíritu de Jesús alienta en nuestras luchas por liberarnos y se ha comprometido sin reservas con el pueblo oprimido? ¿Es una idea piadosa que se le ha ocurrido a un predicador optimista?

Tenemos que decir con esperanza que en nuestro país existe un sujeto social que con su vida y con su palabra hace pública esta noticia. Es la Iglesia popular. Una entidad que no sale en noticior, ni en las páginas sociales de los periódicos, ni en las noticias de prensa, ni en la televisión. Carece de comité central, de directorio nacional y de consejo de administración. No tiene antesala, ni salones, ni oficinas con aire acondicionado. Pero sí tiene muchas casas y todas abiertas. Diariamente se reúne en cien lugares. Se dispersa por toda nuestra geografía desde El Dorado hasta Araya o Paraguaipoa. Se interna por nuestros barrios. Se hace presente en el trabajo y en la universidad. Es la Iglesia popular. Son personas nacidas en el pueblo o que, proviniendo de otras clases, han cambiado sus solidaridades y están en proceso de una opción estable y madura por la clase oprimida. Son grupos jóvenes —aunque hay personas con muchos años en la pelea— y se sienten débiles, y lo son; pero con su debilidad son capaces de fortalecer a quienes viven a su alrede-

dor.

Su palabra de orden es: poder de base. Por eso en sus acciones insisten en estructuras muy democráticas y participativas y en sus métodos de acción tratan de lograr consenso. De ahí su alergia a la práctica usual de nuestros partidos que tiende a instrumentalizar las organizaciones y acaba por desarticlar al pueblo y representarlo sustituyéndolo y reduciéndolo a una masa amorfa y manejable. Esta insistencia porque sea el pueblo quien produzca su propia vida no pretende ingenuamente desconocer la necesidad de los partidos políticos. Esta Iglesia popular es una Iglesia politizada y cada vez más. Ya nada espera —son demasiadas las experiencias frustrantes— de los partidos del status. Y por eso es severa con los partidos clasistas, porque no quiere que sigan el camino trillado de la politiquería oficial. La actitud de estos grupos ante los partidos de izquierda suele ser de convergencia en acciones populares, de aliento y apoyo, pero ordinariamente no de militancia, porque opinan que en el estado actual de fraccionamiento frecuentemente desorientan y dividen al pueblo. Estos grupos creen que la unión sólo vendrá al poner en el centro de la mística y del afán la construcción de un poder popular. Y eso tratan de hacer en la medida de sus fuerzas.

Consecuentes con su objetivo de articulación popular todos estos grupos insisten de uno u otro modo en la educación liberadora, en la concientización. Tal vez se haya superado ya una concepción un tanto idealista y aun mecanicista del método de Paulo Freire y se haya internalizado bastante una actitud de auténtica indagación y creatividad de la que va surgiendo una conceptualización cada vez

menos impostada y más genuina de la situación que se vive y de la práctica que se emprende.

Son grupos capaces de cargar con un alto costo social: esfuerzos constantes de adaptación, de autocrítica, de creatividad, tenacidad en los esfuerzos, capacidad de resistir la lentitud del proceso y los fracasos, y austeridad. Y sin embargo no hay la sensación de angustia económica, se es capaz de compartir, de dar y recibir compañía y —a pesar de la fatiga del trabajo— hay gran sensibilidad por lo lúdico y no escasean los ratos de auténtico gozo.

Para esta Iglesia Popular Jesús es indiscutiblemente la fuente de inspiración. Jesús es sentido ante todo como el hombre fiel: Fiel a su misión de proclamar la posibilidad y la inminencia de un mundo como Dios manda, fiel a un camino de compromiso con el pueblo y denuncia de todo tipo de opresión, fiel a su estilo de permanecer en la base como quien sirve, fiel cuando crecía la oposición, fiel en la represión, fiel en el suplicio. Y fiel ahora en su presencia entre nosotros. No se le siente a Jesús como un ser ante quien hay que postrarse. Más bien se le siente grande porque continúa hoy sirviendo, dando inspiración y guía. Por ser fuente de vida se le siente único e insustituible, nuestro hermano mayor. Creemos que sería insensato acusar de ambigüedades teológicas a estas personas. Creemos por el contrario que lo que acabamos de decir es una expresión menos inadecuada del misterio de Jesús —todas lo son— que formulaciones usuales como El Divino Redentor, el Dios-Hombre y otras por el estilo.

Es cierto que estos grupos experimentan a veces dificultades en la relación con el Dios trascendente. Sin embargo creemos que éstas desaparecen en la celebra-

ción eucarística, que es el momento en que estos cristianos reconocen y celebran gustosos su fe —claro está que sólo cuando tienen oportunidad de contar con un cura que sea capaz de comprender la misa como un acontecimiento y no como una ceremonia totalmente codificada y repetida sin fin. Hay que decir que entre los aportes de estos grupos a nuestra Iglesia uno y bien apreciable es el redescubrimiento de la misa como un encuentro, como un esfuerzo de comunión en el que acontece la presencia confortante de Jesús. Y allí se confiesa la fe, allí se ora, se pide perdón y ayuda, allí se sumen de nuevo en la fuente del compromiso liberador. Allí finalmente se invoca al Padre de Jesús como a nuestro Dios y se le pide su Espíritu de hijos y que apresure la llegada de su reino.

NO NOS PREDICAMOS A NOSOTROS MISMOS

Hemos tratado de mostrar que la buena nueva de Jesús hoy en Venezuela podría consistir en proclamar a su Espíritu de liberación presente y activo hoy en nuestra situación. Hemos señalado a la Iglesia Popular como el sujeto de esta proclamación. Nos resta añadir que estos grupos cristianos no se predicán a sí mismos. Más bien desde su práctica son capaces de reconocer este Espíritu en otros grupos y en muchos signos. Y este descubrimiento es para ellos parte esencial de esta buena noticia: hay mucha gente hoy y aquí que no se rinde, que no acepta la comisión o el trabajo improductivo; son muchos los hombres y mujeres que cargan gustosos con las consecuencias de una vida responsable en el seno de la familia, en el puesto de trabajo, en el sindicato, en la militancia política, en la junta vecinal, en tantas actividades que roban tiempo, exigen esfuerzo creativo y acarrear disgustos, pero que muchos hoy en Venezuela asumen con la sencillez de quien trata simplemente de responder a la llamada de la hora que nos tocó vivir. Esta cara oculta del país sólo se hace experiencia vivida que conforta cuando uno se mete también por ese camino. Estos encuentros como signos de esperanza dan fortaleza para sostener establemente una lucha que por el momento parece desproporcionada. Es esta la experiencia que la Iglesia Popular vive como experiencia espiritual, como certeza esperanzada de que en ese sordo clamor del pueblo por la liberación, en esa ansia aún insatisfecha de justicia y en esos esfuerzos por no rendirse, por organizarse, por expresarse y crecer alienta el mismo Espíritu que guió a Jesús de Nazaret y que él nos entregó para que siguiéramos su camino hasta consumir la liberación total. Y esa es hoy en Venezuela una buena noticia ¿no le parece?

